

SEMINARIO DE CULTURA MEXICANA *

La mejor parte de nuestra historia se ha desplegado en una obra creadora: el establecimiento de instituciones, columna vertebral de la República. Son producto y sustento de la nación. Sin ellas el tiempo sería de arena: se desharía muy pronto. Engendrarlas, cultivarlas, preservarlas, con deliberación o por instinto, ha sido el quehacer de generaciones laboriosas: un quehacer que les confiere sentido y destino; las pone a cubierto de la muerte; tiende puentes que remontan precipicios; propone un camino formal y sereno para que discurra la existencia y se eleve el espíritu.

Hay variedad de instituciones en la vida de México, vida ellas mismas. Antiguas o recientes; llegadas de muchos rumbos y desplegadas en todas direcciones; atareadas en múltiples oficios que exhiban su vocación magnífica. Instituciones de la política, la cultura, la economía. Instituciones de solidaridad humana, de fraternidad civil, de caridad cristiana. Instituciones de agnósticos y creyentes, de apacibles y militantes. Instituciones, en suma, de varios linajes. Algunas quedaron en el camino, como testimonio de trabajos cumplidos y aciertos consumados, o de errores y fracasos, olvidos y frustraciones. Pero otras muchas perseveran. Ni se rompen ni se doblan. Están aquí, con nosotros y entre nosotros —o son nosotros mismos—, librando la batalla de sus contemporáneos.

Ahora celebramos a una de ellas, que ha arribado a una edad madura: sesenta años. Cuando un hombre llega a ese punto, ya se ha relevado a sí mismo varias veces. Cuando lo hace un organismo social, también ha vivido algunos relevos interiores. El Seminario de

* Intervención en la ceremonia correspondiente al sexagésimo aniversario de a fundación del Seminario de Cultura Mexicana, Palacio de Minería, México, Distrito Federal, 28 de febrero de 2002; publicada en: *Los Universitarios*, México, nueva época, núm. 20, mayo de 2002, pp. 47-52.

Cultura Mexicana, fiel y distinto, constante y cambiante, cumple esos años a partir del acuerdo presidencial del 28 de febrero de 1942: último día de un mes atípico, en tiempos de guerra. Mientras ésta devastaba los viejos espacios de la cultura, en México se ponía la simiente de una nueva esperanza.

Por orden presidencial —orden irresistible en una nación de tlatoanis que iba mudando a Estado de derecho—, convocó a los primeros seminaristas el Secretario de Educación Pública, Octavio Véjar Vázquez, general y abogado: fórmula de la transición en marcha. Los diarios del 1o. de marzo siguiente dieron la buena nueva. “Veinte intelectuales se reunieron en la Secretaría de Educación Pública” —informó alguno—, organizados en “un grupo que pugnará por el desarrollo de la cultura nacional”. Habría patrocinio: “Tendrán ustedes —ofreció el ministro— toda la ayuda moral y material de que podamos disponer”. Ni vago ni parco el ofrecimiento. Que valga el testimonio de Minerva, guardadora del edificio donde despachaba el ministro y aún despacha la Secretaría que adquirió tan estricto compromiso.

Fue una feliz convocatoria, y además el augurio de un proyecto lozano que surgía en plena era de proyectos. Hubo visión de Estado, que no menudean, y habría presidente poeta, que tampoco abundan. De la mano de Enrique González Martínez daría los primeros pasos esta institución de la nación y de la República. De esa mano intentaría torcer el cuello al cisne —pero no a uno solo—, y enseñaría a millares de mexicanos la forma de practicar sus propias renovaciones.

En la lista primordial figuraron personajes del más diverso carácter y de una sola naturaleza. Todos prometedores y comprometidos. Desde músicos como Julián Carrillo, hasta científicos, como Manuel Sandoval Vallarta; desde cantantes, como Fanny Anitúa, hasta historiadores, como Luis Castillo Ledón; desde escritores, como Mariano Azuela, hasta pintores, como Frida Kahlo; desde actores, como Alfredo Gómez de la Vega, hasta arquitectos, como José Luis Cuevas. Mexicanos que harían, cada uno y todos juntos, otro capítulo de un libro siempre inconcluso. Se trataría de ilustrarlo con el

nuevo paisaje que repusiera, sobre las hojas desplegadas, un sueño persistente. Fueron llamados a estrenar aptitudes evangelizadoras, como lo habían sido los doce franciscanos que vinieron cuatro siglos antes, aunque los de ahora fueran más de doce y ninguno fraile.

En 1942 la Revolución mexicana ya estaba lejos: pero no diría que lejos en el tiempo, relegada, sino lejos tierra adentro, alma adentro. Es decir, entrañada y sugerente. Bajo la piel de los compatriotas. Se disponía de espacio para la utopía, terca herencia mexicana, viento que ha soplado sobre muchas velas. Herencia e insignia; santo y seña; reglamento y catecismo; único futuro practicable, aunque fuera el único imposible. Había decisión y había convicción. Aún prevalecía la voluntad de andar los caminos de México en demanda de unidad y progreso a partir de valores supremos. Valores, éstos, que mostraban la condición nacional, la múltiple raíz, el destino común. Valores que nos hallaran y definieran, rescataran y transmitieran. Valores patrióticos, hay que decirlo, aunque hoy se halle fuera de curso la palabra y hasta genere anticuerpos.

No había desmayado, como luego ocurriría, la idea de una raza cósmica, meditada por el promotor del Seminario. Persistía con donaire la figura del navegante en su propio mar interno. Había que elegir una advocación, entre generosa y milagrosa, que encendiera la luz y mostrara el destino. No faltaron modelos. Ulises criollo —un modo de recorrer las islas— podría ser el ejemplo. O bien, Quetzalcóatl: raro paseante que no reposa, turista de laberintos, que se descifra trabajosamente en el escudo barroco de los seminaristas.

Cuando se fundó el Seminario habían pasado algunos años desde que México se animara con una promesa misionera. Pero esos años todavía se hallaban cerca: al alcance de la mano, de la memoria, de la experiencia. En ellos, las cosas se emprendieron con gesto de cruzada. Veamos la descripción estupenda de Daniel Cosío Villegas:

Entonces —don Daniel habla del renacimiento vasconcelista— sí que hubo un ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre... Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta

significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar donde descansar y recogerse.

Ese era el precedente, que actuaría como desafío, lección y consejo. Era menester construir el cuerpo para alojar al espíritu renaciente. Supongo el nervio y el nerviosismo, la impaciencia, el entusiasmo de aquella circunstancia. En el alba de los cuarenta se recibía de nuevo un encargo que conservaba frescura: carta de navegación por México, nada menos. Carta transmitida de mano en mano, todas apalabradas.

Habría que hacer el cruce sobre carreteras incipientes y con múltiples destinos. Se pensaría que el Seminario quería instalar de nuevo las tiendas en medio del desierto y regar la tierra con agua clara y abundante. Se diría que tenía entre ceja y ceja el recuerdo y el acicate de una época fértil, casi heroica, y que deseaba mirarse, reflejarse, encontrarse en ella como ante un espejo.

Los fundadores impusieron a ese cuerpo un nombre que ha perdurado: Seminario de Cultura Mexicana. Este tuvo acta de nacimiento, un poco tardía. Fue la Ley Orgánica del 30 de diciembre de 1949. Ahí se concentró una pretensión imperiosa. *Urbi et orbi*, la ley pontificó: “Con el nombre de Seminario de Cultura Mexicana se crea una institución al servicio de la cultura del país, dotada de personalidad jurídica, en la que se hallarán representadas las diversas ramas y tendencias de las ciencias, las letras y las artes”.

Se dijo en la exposición de motivos que es “elevado y trascendente deber del gobierno de la República fomentar en toda su amplitud el desenvolvimiento de la cultura en sus diversas formas, tanto por lo que atañe a labores de creación e investigación, como a las actividades de difusión nacional”. En consecuencia, nacía el Seminario con cierto talante universitario: investigación, creación y difusión de la cultura.

La ley estipuló además que los seminaristas constituyentes habrían de transmitir “los mensajes de nuestra cultura a regiones apartadas del país”. Era natural que así se hablara justamente en esos días, cuando todas las regiones estaban apartadas y convenía aproximar-

las en un ensayo de comunicación que fuera, más exactamente, congregación en torno a las ideas por medio de la palabra. ¿Qué otro eje, si no ese?, ¿y qué otro medio? Se aclaró además que los flamantes convocados se ocuparían en crear “un ambiente favorable para que surjan nuevos valores y se ensanche el interés nacional por todo lo que a la cultura se refiere, y especialmente porque nuestra producción científica y artística se ajuste a la realidad, al carácter y los problemas de México”.

He ahí las precisiones indispensables y fehacientes sobre el origen, la naturaleza y el destino. Sería un seminario, es decir, semilla, simiente —muchas, tantas como se necesitaran— para esparcir la cultura, vigilar su cumplimiento, alentar su desarrollo. El Seminario quedaba instituido para la cultura. Pero se sabía que esto no bastaba. Para que sirviera a su propósito colectivo —que era también un proyecto patriótico, lo reitero— debía aclimatarse en cierta versión de la cultura, instalarse en un ambiente, labrar un suelo, indagar un cielo. No divagaría. No andaría por raros parajes. No negaría la cruz de su parroquia. Enlazaría con el objetivo promisorio: México, pronunciado con aire de consigna, antes de que fuera de nostalgia, como es el peligro de ahora. La convocatoria estaba consumada; el programa, definido; la conspiración, en marcha.

No faltará —y no ha faltado— quien diga que la cultura no se aviene a las cartas de ciudadanía. Si se confina, inicia su ocaso. Sin embargo, fue certera la visión fundadora de este organismo. Una cosa es el confinamiento y otra la morada; si aquél es prisión, ésta es hogar necesario y favorable. Baluarte de sí misma, la identidad nacional confiere certeza y firmeza; da fuerza propia. No cierra espacios: fija el punto para abrirlos. Es palanca para mover el mundo. Hay cultura mexicana: punto de partida y punto de llegada. Ni aquel ni éste impiden las más arriesgadas correrías; sólo enfilan la nave. A partir de ese impulso —una especie de confesión nacional y republicana— no hay derrotero que no pueda ni mares que le sean ajenos.

Es probable que resonara en esta idea del Seminario el mismo pensamiento que volcó Justo Sierra en la más universal de las hazañas: la fundación de una Universidad, que es, por fuerza, universo, y

que para serlo debe, so pena de muerte, conservarse libre y abierta. Sierra no imaginaba a la Universidad como una patria ideal de almas sin patria. Había que dirigir el telescopio a la inmensidad inagotable, pero era preciso hacerlo desde cierto punto en el universo, precisamente aquel donde se halla quien observa y al que el universo retorna, a cambio, por el hilo de la mirada que lo contempla. Se trata, al fin y al cabo, de un solo ejercicio con doble travesía. Mexicanizar el saber sería el objetivo explícito de la Universidad emergente. De esta suerte, la aldea sería metrópoli, con las mismas coordenadas y el mismo pueblo. Lo mismo se podría decir del Seminario: tampoco patria de almas sin patria.

De la raíz evangelizadora, que siembra un nuevo ánimo para un mundo renovado, provendrían la expresión y el ademán que mejor caracterizan el quehacer del organismo: las misiones. A la inicial, en Cuernavaca, siguieron millares. Sigue ocurriendo. Mañana mismo, o pasado, o el día siguiente, habrá una en alguna ciudad de México. Hacia allá se dirigirán los pasos de los seminaristas. Mientras aquí hablamos, allá se está preparando. El concepto es rotundo y ambicioso: no apenas trabajos, lecciones, conferencias, recitales, exposiciones, discursos o talleres. Todo eso, sí, como técnica; pero todo en el continente que pudiera expresar mejor el contenido, es decir, la intención seminarista.

También así se había expresado el empeño de los primeros catequistas, y luego el de los maestros, que pusieron en boga el proyecto de generar las novedades del futuro a partir de las raíces del pasado. Habría misiones, pues, y las sigue habiendo. El nombre que se mantiene —para extrañeza de los extraños— anuncia el genio y la figura del Seminario, el significado moral y social que lo sigue impulsando. No se trataría, en suma, de un programa de atracciones, sino de un factor de atracción cultural y nacionalista para una nación reunida bajo el signo de la cultura.

No existiría un Seminario de Cultura Mexicana si no existieran las piezas admirables del enorme rompecabezas: las corresponsalías, diseminadas en treinta, cuarenta, cincuenta poblaciones. Corresponsalías oriundas del entusiasmo, que luchan por la vida. Con las

corresponsalías nuestra gratitud es cotidiana; nuestro asombro, crónico. Hacen su trecho, su tarea —también misioneras— contra viento y marea. Aprendieron a caminar en terreno accidentado. Saben cómo hacer en la loma el llano, y reunir en torno al árbol seminarista, la devoción paciente de un grupo de conjurados. Estos, verdaderos ciudadanos municipales, son legión indispensable para surcar la tierra, poner la semilla, cuidar la cosecha. Algún día —o acaso todos los días— podrán levantarla.

Nuestros sesenta años adquieren su mayor significado en el desvelo de las corresponsalías, que aprendieron a velar dondequiera. Hay que decirlo: por justicia y por sentido práctico. Desarrollan una extensa geografía: lo mismo Hermosillo que Uruapan, San Cristóbal que Orizaba, Acámbaro que Tequisquiapan, San Luis que Oaxaca, San Miguel que Aguascalientes, Colima que Zacatecas, Mexicali que Durango. Sólo para citar unos cuantos, sin que sean menos los más que restan. La tarea y la emoción de las corresponsalías confieren al Seminario otro de sus rasgos genuinos: una determinación fraterna, solidaria, generosa. Así se recorre la legua. Nadie sabe cuántas se han recorrido en sesenta años de marcha.

Pero no hemos llegado hasta aquí para seguir exactamente como hemos venido. Ni México es el mismo, ni lo son las necesidades, las exigencias, las esperanzas de hombres y mujeres de generaciones diferentes, emergentes, que han aprendido a mirar hacia adelante y practicar la vida con impaciencia. Ni siquiera las palabras de ahora son las palabras del pasado. Tampoco aquí hay agua que pase dos veces bajo el mismo puente, ni éste se ha conservado donde estaba y con la estampa que tenía. Por eso las propuestas de la cultura deben unirse, acompañarse a los tiempos que corren, buscar su propia regla de armonía: responder, en suma, a la aparición de unas circunstancias alteradas que es preciso recibir con perspicacia y encaminar con imaginación, valor, talento y diligencia.

¿No es también el Seminario una criatura orteguiana: él y su circunstancia? Pero no, por cierto, una criatura propuesta para ser el testigo de su propia vida, sino para consumir sus insurgencias y alimentar las insurgencias sociales. Receptor de cambios, debe ser im-

pulsor de transformaciones. Esta es su misión de ahora, único tiempo en el que estamos. De lo contrario quedaríamos, como tantos han quedado, encaramados en una nube que pronto será lluvia o plantados a un lado del camino que pronto llevará otros pasos. Ese es el riesgo. Hay que reconocerlo. Y hay que vencerlo.

Me gustaría decir que en este mundo imperioso —que tiene su propio síndrome de Midas: mundializa cuanto toca— México ya encontró su nicho y la cultura avanza viento en popa. Sin embargo, ninguna de estas cosas ha ocurrido, y a veces parece que ambas se alejan. Podría acontecer el *mutis* que concluyera la obra. *Mutis* nuestro; obra, nosotros. Lejos de emerger, nos sumergimos. Lejos de identificarnos, nos diluimos.

Y la cultura, que sería el escudo de defensa y el arma de labranza, tampoco arrebata la función que le concierne, asume el signo que le incumbe, defiende la trinchera que le corresponde. Pasó la hora de las cruzadas nacionales, y si ahora hay cruzadas, éstas no son nacionales. Echamos de menos el ímpetu de la utopía, con su aire religioso: congregatorio, religatorio de lo que está disperso, de lo que se halla en riesgo, dejado a la mano y a las fuerzas del mercado, en todas sus acepciones. Sin el vigor de la cultura y de sus dones, seremos una multitud —más que una sociedad— maquiladora y tributaria.

A sus sesenta años —que no es edad de reposo—, el Seminario de Cultura Mexicana tiene que preguntarse y responderse exactamente lo que se preguntaron y respondieron los fundadores: cuál es su misión de este día. Forma parte, o puede serlo, de una estrategia de rescate y ascenso que contradiga paradigmas advenedizos y recupere proyectos vitales. Su instrumento sigue siendo la cultura calificada: la cultura mexicana. Bagaje para otros sesenta años. Después, ya veremos.

En nuestro país no hay grupo, ni tiempo, ni gobierno, ni alzamiento —ni conspiración siquiera—, que no se presente en la escena con un plan, un programa, un manifiesto. Son la floración del pacto social que se propone, para ver quién lo entiende, lo firma, lo sigue, lo defiende. En un alegre arrebato, el Seminario de Cultura Mexicana expidió —octubre de 1999— su propio “Manifiesto”. Ahí refiere

dónde se encuentra y qué pretende. Con él se planta en esta época y en la esperanza consecuente.

Dice el “Manifiesto” que:

...cada etapa tiene sus puertos de inicio y de arribo. Entendemos este tiempo como la frontera donde una etapa termina y otra comienza. Hay que fijar esos puertos en la etapa que comienza. El mexicano de ahora, cimiento para el mexicano de mañana, debe fortalecer su identidad nacional y formalizar su nueva presencia en el mundo. Y todo ello será la obra natural de la cultura, que en el presente recoge los caminos del pasado y advierte los del futuro. Ella anuda los tiempos y define el perfil del hombre que los recorre. Forjar al mexicano y brindar su testimonio, es la obra de la cultura mexicana. Contribuir a esta cultura, con los instrumentos que provee nuestro tiempo, es el deber del Seminario.

En ese “Manifiesto” está el credo del Seminario. Se resume en pocas palabras enérgicas. Con esa breve divisa el Seminario ora y labora. Sabe, predica, práctica que la cultura también es asunto de primer orden para la nación. Además, conviene que lo sea, justamente porque comienzan a enrarecerse una y otra, que acostumbran ir juntas en el ascenso y en el crepúsculo. Contribuirá la cultura, por lo menos, a aligerar el firmamento de las nubes grises que lo pueblan. Esto, que bien sabe el Seminario, lo compromete con mayor firmeza. Pudiera ser esa la razón, más allá del reloj y el calendario, para estar aquí —en este palacio magnífico— festejando un nuevo cumpleaños. La razón no es sólo cumplir los años: también —y sobre todo— cumplir los proyectos. Es eso lo que nos proponemos.